

5

VOLUNTARISMO DE MUJERES EN ÁMBITOS RURALES

Por Jimena Andrieu, Patricia Donoso y Mariana Martinelli

Escribimos estas líneas con ilusión y como un espacio para la reflexión sobre nuestras prácticas de trabajo cotidianas. Somos trabajadoras del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en la provincia de San Juan y docentes en la Universidad Nacional de San Juan. Por ello, nos preguntamos sobre los vínculos que podemos establecer entre la economía social y la economía feminista en los ámbitos rurales que transitamos. Para abordar este objetivo nos damos la siguiente estrategia. En primer lugar, presentar el concepto de soberanía alimentaria en vinculación con las políticas de Estado, en particular con el programa PROHuerta. En segundo término, articular las reflexiones sobre soberanía a partir de dos categorías –“voluntarismo”¹ y “mujeres”– con la Economía Social, Popular y Solidaria² (ESPyS) y la Economía Feminista. Finalmente, introducimos los desafíos de esta construcción en espacios rurales.

Tomamos como punto de partida el hecho de que dos de cada tres personas que se vincula al programa PROHuerta son mujeres (Donoso *et al.*, 2021) y extendemos la mirada hacia la operatoria general del programa a partir de nuestra experiencia de trabajo en la institución. Asimismo, se aclara que esta actividad reflexiva fue acompañada del análisis de entrevistas a personas claves para la gestión institucional del programa en nuestro territorio, realizadas por videollamada durante del mes de mayo de 2021, a Ariadna Celi, Clara Moyano y Elena Hidalgo.

Para dar esta discusión nos parece central reconocer que las perspectivas de la ESPyS y la Economía Feminista parten de una postura crítica respecto de aquellas corrientes del pensamiento económico que otorgan toda la confianza a la asignación de recursos desde y para los mercados. De este modo creemos que es posible resignificar la centralidad del trabajo frente al capital e incluso llevar la discusión más allá, para realizar una apuesta integral por la vida. En ese sentido identificamos la existencia de situaciones que pueden estar relacionadas pero que no necesariamente asumen esta perspectiva. Apostar a la transformación de un modo de producir, intercambiar y consumir puede no decir nada respecto de las históricas desigualdades atravesadas por relaciones de género, incluso dentro de la ESPyS. Pero a su vez, se puede hablar de perspectivas de género en espacios que no son ni populares, ni solidarios y que carecen de espíritu transformador de la lógica del capital. Así, con el foco puesto en sostener la reproducción ampliada de la vida, nos interesa revisar la soberanía alimentaria como política pública a partir del caso PROHuerta y entrelazar esta discusión con aspectos de relevancia tanto para la ESPyS como para la Economía Feminista.

1. SOBERANÍA ALIMENTARIA COMO POLÍTICA PÚBLICA: EL CASO PROHUERTA

Tomamos a la alimentación como un aspecto central en el proceso de sostener la reproducción de la vida. Asimismo, reconocemos la preocupación de las tendencias a la baja del consumo de alimentos naturales como frutas

1 Tomamos aquí un juego de palabras que se hace en la traducción al castellano del libro de Sara Ahmed (2021): *Vivir una vida feminista*.

2 Con esto no pretendemos invisibilizar las diferencias que pueden encontrarse entre la Economía Social, la Economía Popular y la Economía Solidaria. Pretendemos más bien reconocer su carácter reivindicatorio de aquellos *otros modos* de plantear la economía que la diferencian de la economía de mercado.

2. DE MUJERES VOLUNTARIAS AL VOLUNTARISMO DE MUJERES EN EL MARCO DEL PROHUERTA

La presencia de mujeres en este programa aparece como una constante. Tal como se planteó al inicio, nuestro punto de partida resulta de un trabajo de monitoreo local del programa en el que se identifica que en el 72% de los casos, el retiro de los kits de semilla del PROHuerta fue hecho por mujeres (Donoso *et al.*, 2021). Ahora bien, en el ejercicio de reflexionar sobre la práctica del programa se reconoce que el capítulo de mujeres es más complejo y más amplio que dicho universo. Por un lado, la operatoria del programa se complejiza en la medida que se revisa críticamente el lugar que ocupan las mujeres en los hogares y las transformaciones que tienen lugar en ellos. Por otro, se identifica que el rol de las mujeres es clave en la gestión del programa, tanto en su estructura jerárquica como en su estructura operativa.

2.1. MUJERES MÁS ALLÁ DE LA COCINA

Insistimos sobre el hecho de que parte de la centralidad de las mujeres para el programa implica reconocer su alta participación en la gestión de los alimentos producidos tanto en los hogares como fuera de ellos y en articulación con las redes de producción e intercambio. Sobre estos hechos queremos hacer énfasis en dos aspectos para pensar la seguridad alimentaria y el proceso de su construcción.

El primero se vincula con identificar en este proceso que la alta presencia de mujeres no es independiente de los roles tradicionalmente asignados a ellas. Queremos dejar explícito que no es nuestra intención hacer de este trabajo una reivindicación de los roles que una sociedad patriarcal asigna culturalmente a las mujeres. Justamente, es a partir de reconocer la relevancia dentro del programa que se hace factible visibilizar otros procesos y, de este modo, consideramos oportuno repensar las estrategias en función de la experiencia. El segundo aspecto se vincula con reconocer que los hogares en espacios rurales presentan la superposición de lo doméstico con lo productivo y con ello los espacios de intercambio pueden establecerse como extensiones de uno u otro ámbito.

De este modo, se advierte que el programa debe asumir un doble desafío en su lógica de funcionamiento. El primero, evitar reforzar el rol de cuidadoras y así ampliar la perspectiva respecto del rol de las mujeres no solo en la cocina sino en vinculación con el “hacer” de la huerta⁵. El segundo, asumir la complejidad de relaciones jerárquicas de género en ese espacio superpuesto de lo doméstico y de lo productivo (Dillon *et al.*, 2003) atento al hecho de que la gestión de la huerta puede generar hasta una triple jornada de trabajo y a que la participación de las mujeres en espacios de capacitación e intercambio por fuera del hogar tiene implicancias hacia dentro del hogar. En este sentido, resulta ejemplificador la expresa preocupación de las técnicas entrevistadas respecto de la necesidad de compatibilizar esas tareas productivas y de cuidado. Es decir, se reconoce en los relatos la necesidad de tener que elegir, por ejemplo, de forma estratégica los momentos y los temas de las capacitaciones⁶ para lograr dicha compatibilidad (Celi, 2021; Hidalgo, 2021; Moyano, 2021).

Por ello, consideramos que no debe perderse de vista la complejidad de esta perspectiva en futuras estrategias del programa. Así, un punto extra para el diálogo con la ESPyS, aunque excede los límites del presente trabajo, resulta de reflexionar sobre las lógicas y estrategias que tienen lugar para que se sucedan los intercambios de semillas, productos de la huerta y demás alimentos; entre otros.

2.2. MUJERES EN LA GESTIÓN INSTITUCIONAL Y OPERATIVA DEL PROGRAMA

Localmente, se reconoce que la participación de las mujeres también es clave dentro de la estructura jerárquica y de la estructura operativa representada en la figura del/la promotor/a voluntario/a y de la red asociada.

⁵ En las entrevistas esta preocupación aparece cuando se revisa y se observa que el programa ha ofrecido de manera diferencial las propuestas de acompañamiento entre mujeres y varones. Esto se visibiliza, por ejemplo, a partir de diferenciar los temas –conservas, por un lado, y riego, por otro– sobre los cuales se brindan capacitaciones (Celi, 2021). No obstante, se recupera también como propio de un tiempo y de un momento (Moyano, 2021).

⁶ Con esto no pretendemos invisibilizar las diferencias que pueden encontrarse entre la Economía Social, la Economía Popular y la Economía Solidaria. Pretendemos más bien reconocer su carácter reivindicatorio de aquellos otros modos de plantear la economía que la diferencian de la economía de mercado.

Para el caso de San Juan, nos interesa recuperar el hecho de que las áreas vinculadas directa e indirectamente al programa PROHuerta fueron las primeras que habilitaron puestos de gestión a cargo de mujeres. Esto no es menor si se advierte que en las sociedades patriarcales las estructuras jerárquicas suelen estar masculinizadas (Lotitto y Szenkman, 2020). Sin embargo, queremos identificar la conjunción de tres elementos en este proceso. El área de gestión aparece próxima a “temas de mujeres”, con mayor o menor intensidad según el caso. A su vez, todas las personas involucradas accedieron a dichos puestos una vez finalizados sus estudios de posgrado. También aparece el hecho de que las áreas disciplinares son más próximas a las ciencias sociales que a las ciencias naturales. Si bien se podría profundizar sobre cada uno de dichos elementos para repensar próximos pasos, queremos rescatar aquí, en pos de una mirada propositiva para el programa, el aporte que le brinda esta conjunción para abordar el complejo problema de la seguridad alimentaria. El trabajo interdisciplinario se vuelve imprescindible.

Respecto de la importancia de las mujeres como promotoras voluntarias, nos interesa señalar dos aspectos. Por un lado, quiénes llevan adelante la actividad de promoción y, por otro, las actividades que se supone que realizan estas personas y por las cuales son valoradas dentro del programa. Sobre los tipos, se reconoce a una persona como promotor/a en función de su inserción institucional (promotores/as institucionales) o de su inserción en la vida comunitaria (promotores/as voluntarios/as) (Pastrana, 2019; Celi, 2021; Moyano, 2021). Sobre las actividades, se identifica a los/as promotores/as como personas que son reconocidas a partir de su habilidad para hacer la huerta, la capacidad para transmitir los saberes y la posibilidad de establecer vínculos con sus vecinos/as (Díaz *et al.*, 2014). Ponderamos en esta figura no solo el reconocimiento del programa a la vida en comunidad sino también la posibilidad concreta de identificar a las mujeres en el “hacer” de la huerta y, con ello, aparece un reconocimiento social del trabajo de las mujeres.

Revisando el proceso de construcción de la red solidaria de promotores/as voluntarios/as se advierte la influencia de la forma en la que se piensa históricamente a las mujeres y al desarrollo (Aguinaga *et al.*, 2011) y las estrategias de articulación con sectores que tradicionalmente tienen mayor presencia de mujeres⁷. Así como el vínculo con el sector de educación será clave para la operatoria de las mujeres; la ampliación del tipo de escuelas y niveles con los que se trabaja (más allá de las de orientación agropecuaria y en espacios periurbanos involucrando poco a poco a los niveles iniciales) será clave para la incorporación de las mujeres (Hidalgo, 2021). A su vez, la estrategia de trabajar con personas adultas mayores también es central tanto por la finalidad de “recuperar” saberes como por la identificación de una mayor disponibilidad de tiempo “para hacer”.

Esta red solidaria apoyada por mujeres, muchas de ellas mayores, se ha visto afectada por el contexto pandémico del covid-19. Por ello, analizar las transformaciones en la inserción de las mujeres en esa vida en comunidad resulta esencial para entender las voluntades que se ponen en juego al momento de ofrecer un trabajo voluntario⁸. Creemos también que tanto la mirada de la ESPyS y el diálogo con la Economía Feminista pueden ayudarnos a visibilizar dichas transformaciones. Pensar los alcances y límites de dicho voluntarismo, como trabajo no remunerado, es clave para el futuro del programa. También es de relevancia comprender la necesidad de pensar la vida en comunidad más allá de un sector popular y que apueste a estrategias colectivas y solidarias en sociedad (Coraggio, 2006).

7 A los fines de dejar manifiestas algunas de las principales ideas que mencionaron las entrevistadas se menciona aquí la política de trabajo previa al PROHuerta desde el INTA. Existía un programa llamado Hogar Rural, que tenía como objetivo directo trabajar con mujeres rurales y entre sus múltiples objetivos mejorar las condiciones de vida. Se reconoce que esta experiencia fue clave para sostener la red de promotoras voluntarias. En el relato de las entrevistadas, lo que en la época del programa “Hogar Rural” eran llamadas “demostradoras” pasaron a ser al momento del programa PROHuerta las “promotoras” (Moyano, 2021; Hidalgo, 2021). A la par que se reconoce la importancia de esta experiencia para el programa, se advierte una determinada forma de pensar al desarrollo en vinculación con las mujeres. Se recurre a la mujer por su capacidad de hacer. Sin embargo, creemos necesario revisar los alcances y funcionalidades de dicho trabajo de “empoderamiento”.

8 Insistimos en reconocer el juego de palabras que se hace en la traducción al castellano del libro de Sara Ahmed: *Vivir una vida feminista*. Creemos que es importante introducir la necesidad de reflexionar sobre el trabajo voluntario que han realizado y realizan muchas mujeres. Es imperativo reconocer a qué tramas contribuye. Por ello, dejamos abierta la pregunta respecto de qué voluntades se ponen en juego en cada acción y si, detrás de ellas, hay (o no) una reivindicación feminista. La autora plantea: “tal vez ser una mujer de buena disposición signifique estar dispuesta a ser para... quizás la voluntariedad pueda resumirse así: no estar dispuesta a ser propiedad de nadie” (2021: 142).

3. RURALIDAD. DESAFÍOS PARA PENSAR LA SOSTENIBILIDAD DE LA VIDA

Reconocemos en el programa PROHuerta que su orientación inicial apunta hacia personas, grupos familiares y organizaciones de productores/as en situación de "pobreza" (Díaz *et al.*, 2014: 3; Moyano, 2021). Ahora bien, esto conlleva el desafío de enfrentar condiciones de vulnerabilidad en los espacios rurales que dificultan la tarea de trabajo del programa. Justamente, se ve reducida la posibilidad de "hacer la huerta" ante la falta de garantías o la inseguridad en la forma de acceso a la tierra y al agua tanto en la cantidad como en la calidad apropiadas. Esta criticidad puede verse exacerbada en sociedades con índices de urbanización creciente. Pero también focalizar el ámbito de actuación a los sectores de pobreza puede convertirse en una limitante para pensar horizontes deseables. Es decir, puede suceder que se interprete que la huerta es una opción para quienes no tienen otra salida ya que, si el dinero te alcanza, mejor es comprar que producir (o por lo menos no hay un mensaje positivo en este aspecto). Este mensaje puede así ser leído por la población con la que se pretende trabajar y derivar en una serie de prácticas de resistencia que tienen que ver con liberarse del estigma de la pobreza. Consideramos este un desafío que se comparte con los valores que se promueven desde algunos sectores de la ESPyS para la construcción de un proyecto político más amplio (Pastore, 2014).

Así, el tema de alimentarse se complejiza en una sociedad en la que el dinero tiene un rol cada vez más importante y las personas están cada vez más desposeídas de medios para la producción y más precarizadas en sus formas de inserción laboral (Coraggio y Laville, 2014). Ahora bien, aquí queremos dejar explícito que no solo se necesita dinero para alimentarse de manera saludable. Por ello es clave que tenga lugar la discusión dentro de los equipos técnicos y en vinculación con la comunidad respecto de qué trabajos generan valor y para quién lo generan. Al respecto, tanto la ESPyS como la Economía Feminista tienen aportes concretos. Pero, en este sentido, es necesario reconocer que estos aportes se realizan mayormente en espacios urbanos. Insistimos sobre el hecho de que, en el espacio rural, es necesario repensar la imbricación que tiene lugar entre la unidad productiva y doméstica. Por lo cual, fortalecer aspectos que hagan a una valoración positiva de esta es tanto o más importante que superar el "mérito negativo de la pobreza" (Aguirre, 2009). Justamente, la huerta como elemento de cuidado termina por acumular trabajos que tradicionalmente no se visibilizan por no aportar directamente a la producción de la ganancia.

De este modo, con el foco puesto en sostener la reproducción ampliada de la vida, se trata de advertir la funcionalidad de los espacios de trabajo no monetizados a la acumulación. Con ello se vuelve imperativo reconocer la insostenibilidad del sistema de producción, distribución y consumo actual. Por ello, se considera necesario permanecer en alerta ante posibles "maquillajes verdes" en las prácticas y con las "gafas violetas" bien puestas en pos de consolidar una propuesta transformadora. Así, una de las últimas menciones que queremos traer aquí resulta de advertir, a lo largo de los treinta años de operatoria del programa, su permeabilidad hacia formas de producción y distribución sostenibles. En las etapas tempranas se encuentra la producción orgánica (Hidalgo, 2021) y en la actualidad se halla la apuesta más integral por la agroecología involucrando también la discusión sobre las formas de intercambio de los alimentos (Ischia *et al.*, 2018; Celi, 2021). Esto último se reconoce como un ámbito de diálogo entre la ruralidad y los espacios periurbanos y urbanos.

Se plantea entonces la importancia de asumir un ejercicio de reflexión crítica desde una perspectiva de la economía en la que el mercado no sea centralizador y en la que se visibilicen redes organizadas tanto desde la lógica del intercambio como a partir de la lógica de la reciprocidad y la redistribución. Esto se plantea sin perder de vista la constante presión por mercantilizar todos los espacios de la vida, incluso las áreas no monetizadas de la vida, en tanto los modos de producción y consumo capitalistas sean los hegemónicos. A su vez, se reconoce que la posibilidad de trabajar de manera no remunerada también está atravesada por aspectos que hacen a la sociedad actual patriarcal y capitalista. Por ello, se destaca un nudo central de la economía feminista para dar lugar a estas discusiones: la funcionalidad y la dependencia del trabajo reproductivo para el trabajo productivo (Carrasco 2006; Federici, 2013; Rodríguez-Enríquez, 2015; Gago *et al.*, 2018).

Por último, y en vinculación con todo lo anterior, creemos que el programa debe ampliarse a la idea de entrega de semillas para la producción de alimentos saludables. Enfatizar en una mirada más integral y poner el centro en la vida es clave para dar cuenta de las redes que la sostienen y sus transformaciones. Así, dejamos expresa una tendencia reciente por la que, durante el tiempo de pandemia, habría una valoración positiva del "hacer la huerta". Se identifica localmente que las semillas se pueden conseguir a través de otros medios como agencias estatales (de distintos niveles y con grados diferentes de articulación con el programa PROHuerta) y también mediante otros es-

quemadas de abastecimiento de semilla (con mayor o menor grado de mercantilización). Estas tendencias conviven con formas tradicionales de rescate de semillas y de los espacios para su intercambio. En todos estos procesos identificamos el aporte a la sostenibilidad de la vida, a partir de áreas no monetizadas de la vida; sin caer con esta afirmación en naturalizaciones que terminen por reforzar los roles de género.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguinaga, M., M. Lang, D. Mokrani y A. Santillana** (2011). "Pensar desde el feminismo: Críticas y alternativas al desarrollo". En *Más allá del desarrollo*, 1ª ed. Quito: Abya Yala, Universidad Politécnica Salesiana, Fundación Rosa Luxemburg.
- Aguirre, P.** (2021). "Feeding, cooking, sharing: a brief social history of food". *Mètode Science Studies Journal-Annual Review*, N° 11, pp. 107-113.
- (2009). "La Asistencia Social vista por pobres y nuevos pobres en Buenos Aires durante la Convertibilidad", *Anthropology of Food*, Vol. 6, dic.: Modelos alimentarios y recomposiciones sociales en América Latina.
- Ahmed, S.** (2021). *Vivir una vida feminista*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Carrasco, C.** (2006). "La Economía Feminista: una apuesta por otra economía", en Observatorio Latinoamericano Económico, Universidad Autónoma de México. Disponible en <http://obela.org/system/files/CarrascoC.pdf>
- Coraggio, J. L.** (2006). "Sobre el paradigma de la gratuidad. Una consideración desde la periferia. Comentario a la conferencia de Stefano Zamagni", *Stromata*, 62 N° 1/2, pp. 61-69, disponible en <http://revistas.bibdigital.uccor.edu.ar/index.php/STRO/article/view/2428>
- Coraggio, J. L., y J.-L. Laville (orgs.)** (2014). *Reinventar la izquierda en el siglo XXI. Hacia un diálogo Norte-Sur*, UNGS-IAEN-CLACSO, Buenos Aires y Quito.
- Cristaldo, P. E.** (2016). "Seguridad alimentaria nutricional familiar en sectores populares: ¿responsabilidad de varones o mujeres? *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, n° 8, pp. 99-118.
- Díaz, D. N., A. Galli, M. Berges, C. Cazorla, M. Velázquez, L. Lupi y M. Rubió** (2014). *La huerta orgánica familiar*. Programa Prohuerta. Ediciones INTA.
- Dillon, B., L. N. García y B. E. Cossio** (2003). "Trabajos y espacios de mujeres: la unión de los procesos de producción y reproducción en las unidades familiares rurales del oeste de la provincia de la Pampa", *La Aljaba*, Vol. VIII, pp. 139-155.
- Donoso, P., A. Celi, L. Notario, J. J. Hernandez y M. Martinelli** (2021). Monitoreo del programa PROHuerta en San Juan. Documento interno de trabajo.
- FAO** (1996). El género y la seguridad alimentaria. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, <http://www.fao.org/3/x0222s/x0222s00.htm#TopOfPage>
- (2011). Seguridad alimentaria y nutricional. Conceptos básicos. Programa Especial para la Seguridad Alimentaria –PESA– Centroamérica. Proyecto Food Facility Honduras.
- Federici, S.** (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.

Gago, V., C. Cielo y F. Gachet (2018). Economía popular: entre la informalidad y la reproducción ampliada. Presentación del dossier, *Íconos* nro. 62, pp. 11-20. <https://doi.org/10.17141/iconos.62.2018.3501>.

Ischia, C., N. L. García y C. Rodríguez (2018). *Prácticas que alimentan el desarrollo territorial inclusivo y sustentable*, 1ª ed. Buenos Aires: Ediciones INTA.

Lotitto, E., y P. Szenkman (2020). Mujeres en STEM: cómo romper con el círculo vicioso. Documento de Políticas Públicas N° 224. CIPPEC: Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento, noviembre, pp. 1-32.

OSDA-UCA (2019). Incidencia de la inseguridad alimentaria severa y total para los Hogares y la Población en la Argentina urbana 2010-2019. Observatorio de la Deuda Social Argentina (OSDA) - Universidad Católica Argentina (UCA). EDSA Agenda para la Equidad (2017-2025).

Pastore, R. (2014). "La economía social y solidaria, una construcción colectiva y plural". En M. Lozano y J. Flores (coords.), *Democracia y sociedad en la Argentina contemporánea. Reflexiones sobre tres décadas*. UNQ, pp. 221-236.

Pastrana, K. V. (2019). Encuentro de promotores de ProHuerta. Sección Noticias INTA. 5 de noviembre.

Rodríguez Enríquez, C. (2015). "Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad", *Nueva Sociedad* n°. 256, mar.-abr.

ENTREVISTADAS:

Ariadna Celi (2021, mayo). Extensionista INTA San Juan. Coordinadora provincial del programa ProHuerta 2015-2019. Jefa Agencia de Extensión Rural San Martín 2015-Actualidad. Entrevistadora: Jimena Andrieu.

Elena Hidalgo (2021, mayo). Extensionista INTA San Juan. Vinculada al programa ProHuerta desde enero 1990 hasta diciembre 2015. Entrevistadora: Jimena Andrieu.

Clara Moyano (2021, mayo). Extensionista Agencia de Extensión Rural Pocito – INTA San Juan. Coordinadora de Extensión 2015-2021. Entrevistadora: Jimena Andrieu.